

I Encuentro sobre memoria y víctimas del terrorismo. Conclusiones

Xabier Etxeberria Mauleon¹

Se me ha pedido que cierre este intenso y fecundo encuentro ofreciendo lo que podrían considerarse sus conclusiones más relevantes. Como puede entenderse, esta tarea es muy difícil: por la riqueza y variedad de las cuestiones tratadas; y, también, porque estoy forzado a improvisar sobre la marcha. Pido, por eso, comprensión por las limitaciones inevitables de lo que voy a proponer.

1. Creo que debemos considerar la mesa en la que participaron las víctimas del terrorismo Maite Pagazaurtundua y Ángel Altuna (desgraciadamente Maixabel Lasa no pudo estar por razones familiares), como el marco de referencia para el resto de reflexiones del encuentro. Las micronarraciones que nos ofrecieron, así como sus muy pertinentes consideraciones sobre los modos de presencia social y política de las víctimas, completadas por otras víctimas también presentes, *encarnaron* decididamente todo lo que se decía, lo orientaron firmemente hacia la realidad de la victimación y hacia el compromiso por lograr que cese.

2. Pasando ahora a «sintetizar» las reflexiones de y sobre los autores que, aglutinados en torno al «*tremendum horrendum*» del Holocausto, convocamos al encuentro, es conveniente resaltar que nos permitieron explorar perspectivas diferentes sobre la victimación, que luego aplicábamos analógicamente a las víctimas del terrorismo. Pero no se trató de perspectivas aisladas, sino que se mostraron con gran capacidad no sólo de complementación entre ellas, sino también de interrelaciones que las potenciaban, así como de solapamientos que permitían afianzar cuestiones decisivas. Me voy a permitir aquí proponer estas perspectivas, presentadas esquemáticamente, con una «lógica» que quiere apuntar hacia la esperanza. Comienzo, por eso, convocando a Roth, a través del cual nos hemos confrontado con la víctima amenazada que se *exilia/le exilian*. Seguiré con Benjamin, que nos muestra el dramático panorama de las víctimas masacradas como «*desechos sociales*» en aras de una causa. Continuaré con Améry, que nos ofrece el lacerante tema del sin sentido y la

¹ Es director del Aula de Ética de la Universidad de Deusto y miembro fundador de Bakeaz, de la que es responsable de su Área de paz y derechos humanos.

razón desposeída de esas víctimas. Con Levy, la tragedia se nos hará aún más manifiesta si cabe, pero será en la forma de reacción contra ella, la propia del *testigo*, que remite al momento más básico y decisivo para confrontarse con la violencia. Ricoeur nos mostrará a continuación todas las potencialidades de esta *memoria* personal del testigo que se hace *relato* y nos convoca a memorias narradas sociales. Por último, con Arendt, se nos abrirá la puerta a la *iniciativa* novedosa de las víctimas. Esbozo unas ideas sobre todos ellos, sin pretender en modo alguno sintetizarlos, y, además, expresándome con libertad respecto a lo que plantearon estrictamente.

3. Roth nos ha mostrado los desgarros del exilio, en el que está presente una conflictividad dramática. Supone un rechazo especialmente traumático porque aquello desde donde soy rechazado, aquello que, a su vez, psíquicamente tiendo a rechazar, me remite a lo que me identificaba. El exilio me introduce, por eso, en la gran extrañeza: la de sentirme extraño al nosotros originario, también extraño a lo otro a lo que advengo, e incluso extraño a mí mismo, en la forma de vivencia de un exilio interior. Para colmo, tengo que estar alerta para no caer en la tentación de que la heterodestrucción que supone, no se prolongue en autodestrucción. De algún modo me exiliaron, pero también me exilié. ¿Debe acompañarme por ello la mala conciencia o tengo que ver en la emergencia de ésta sólo una expresión más del violentador que me persigue hasta dentro de mí? Como exiliado total, como apátrida, soy el puramente humano, sin adjetivos. Pero eso no incita a que se me acoja como humano, al revés, supone el gran riesgo, el gran abandono. La patria se me ha mostrado un ídolo, pero no tener patria supone un gran vacío. ¿Renegar de toda patria? Quizá. O no necesariamente. En cualquier caso, renegar de aquellas patrias que practican el mal, aunque una de ellas sea la tuya.

4. Con la simbólica del *Ángelus Novus*, de Klee, tal como nos la hace ver Benjamin, irrumpen dramáticamente las innumerables víctimas que el progreso pretendidamente ilustrado, que todo supuesto progreso locamente orientado hacia el futuro (de una etnia, una patria, una religión, una sociedad sin clases, una civilización, etc.), deja como reguero que no ve, que no quiere ver. Son los desechos sacrificados, los enemigos de la causa que obstaculizaban el avance, los daños colaterales que había que asumir. Pues bien, hay que rebelarse ante tal dinámica. En contraposición a ella, debe afirmarse que, si cabe un avance, éste es paradójico, es el propio de quien avanza de espaldas, mirando a todas esas víctimas, haciéndose cargo de ellas. Por eso, la clave para el análisis de una sociedad es el análisis de sus «desechos», de sus víctimas, que deben ser sacadas de su contexto de rastro invisible. Hay que traerlas al presente, revisando el pasado para detectar quiénes y qué hizo que fueran desechadas, para recuperar las esperanzas que murieron con ellas. Hay que, se atreve a decir el Benjamin agnóstico, «despertar a los muertos», «recomponer lo destruido». Es nuestra gran tarea.

5. Con todo, a partir de la reflexión y la experiencia de Améry, proyectadas sobre nuestro presente, somos conscientes de que la tarea no es nada fácil. En la lógica de la violencia destructora, se nos muestra con nitidez que el victimario tiene razones fuertes, claras, contundentes, para matar. Tiene una superracionalidad para él, aunque sea irracionalidad moral. Es un gran

«creyente», aunque sea un fanático ateo. Matar y morir le resulta claro, con sentido, con recompensa. Tiene un por qué, dentro de un «gran relato». En cambio, la víctima que sufre el golpe traumático de la violencia, se ve sumergida en la noche más oscura del sin sentido. No hay porqués para ella. Es una agnóstica obligada. La apertura a un paradójico sentido que incluya la execración de lo que le ocurrió tiene que trabajarla arduamente. Frente al macrorrelato, se encuentra con su microrrelato, potencialmente poderoso desde el punto de vista ético, pero a su vez socialmente muy frágil. Este enorme desequilibrio en la balanza del sentido puede acabar hundiéndola. Puede encontrarse con una sociedad que le «desposee de razón», puede encontrarse con «la razón desposeída». Las posibilidades de desequilibrar la balanza a su favor, de hacer presente su razón, se acrecientan, en cambio, cuando vive la experiencia de estar acompañada realmente por la mayoría. Cuando ve que no sólo se condena el acto violento que la hizo víctima, sino que, además, se hace de modos tales y en marcos tales que destruyen el por qué del violento, la consistencia de su macrorrelato, cualquier apoyo indirecto a su causa, como, por ejemplo, el que se produce con la imbricación de ésta en una causa mayor que se presupone justificada. La alerta crítica contra enfoques como el del panconflictualismo, en el caso vasco, se nos impone.

6. Levi nos ha mostrado que la reacción afirmativa básica de la víctima frente al suprasentido del violento y el inicial sin sentido de quien sufre su impacto destructor, es la de constituirse como testigo. Ve en ello una obligación moral. O, si se quiere, una misión. Es la condición elemental para que se haga justicia y trabajemos para que el mal no se repita. En su tarea personal como testigo sereno y reflexivo, a pesar de haber experimentado la durísima violencia del «campo», avanza más allá del mero narrar, aportándonos referencias antropológicas fundamentales. Por ejemplo, nos dice, el mayor de los malvados tiene rasgos humanos, lo que es enormemente turbador –nadie está protegido automáticamente de serlo–, pero a su vez revelador –apunta a la universalidad de la humanidad–. Nos resalta igualmente que un factor decisivo de violencia es la heterorreducción a una identidad simple que nos heteroasignan: serás judío y sólo judío, incluso a tu pesar. Es nuestro empobrecimiento radical que supone a su vez el gran desamparo, la gran desnudez frente a la contrapuesta identidad simple autoasignada y violenta –yo, ario, frente a ti, con el derecho y el deber de destruirte– que nos ve como la peste. En ese marco, el poder destructor se muestra sobre todo como poder de humillación radical, que destruye tanto, que incluso destruye la humanidad de quien la realiza. Frente a ello, y por contraste, Levi muestra palpablemente que nuestros procesos de humanización en estos contextos de violencia comienzan con el reconocimiento del otro. Y, apuntando a la no resignación, destaca que la víctima, incluso en la mayor opresión, cuenta con un espacio pequeño pero precioso al que no debe renunciar: el de su libertad para negar interiormente el consentimiento, el del autorrespeto cuando todo respeto externo le es negado.

7. Los planteamientos de Ricoeur pueden ayudarnos para avanzar en todo lo implicado en una memoria que queda esbozada en la figura del testigo. Para ello, dice este autor, hay que plantearse una adecuada articulación de esa memoria con la narración en la que se expresa y la identidad que constituye. También la identidad de la víctima, abierta a ser identidad compleja, pasa por

una memoria que se nos muestra como narración. Con ésta, además, no sólo se autoconstituye, sino que alimenta la memoria social, la que expresa la asunción social de la memoria del testigo, la que tiene que constituirse como referencia crítico-propositiva para purificar cualquier modo de identidad colectiva. Ricoeur define muy bien cómo se construye el relato de memoria, distinguiendo el momento de configuración, en tensión entre fidelidad y creatividad, que lleva a cabo su autor, y el momento de refiguración o de escucha personalizada de quien accede a él. Las trampas del olvido y la tergiversación se ciernen sobre todo el proceso. No caer en ellas es la condición que se impone para que los relatos de las víctimas y sobre ellas tengan todo su impacto y puedan desplegar todas sus potencialidades. Porque la memoria así convocada, no se olvide, se proyecta hacia el futuro, y es nuestro deber que se proyecte como justicia.

8. Sin la buena memoria expresada en el buen relato, las víctimas no existen socialmente, o existen desfiguradamente. Pero esto no basta. Se acaba de apuntar que su fecundidad se hace realidad cuando se orienta a la justicia. Y es aquí donde aparece la acción, la iniciativa. Con Arendt podremos enfatizar las posibilidades decisivas de la iniciativa de la misma víctima sobreviviente, ensamblada, evidentemente con las de quienes se solidarizan con ella. Si la víctima en cuanto tal estaba definida por su pasividad –sufre el impacto de la violencia– ahora se nos va a revelar en su potencia de obrar. Y de obrar novedad. Arendt es una afinadísima analista del totalitarismo, de la “banalidad del mal”, como dice provocadoramente. Pero, además, nos introduce muy bien en la consideración de las víctimas como sujeto político, mostrándonos la posibilidad que anida en ellas para que se abra el curso de la historia. Pueden regalarnos, en efecto, un futuro que explora cursos nuevos frente a la violencia. Es aquí donde tiene su lugar el perdón, no obligadamente prescrito, que no es olvido, que corresponde a las víctimas: es una reacción que no reaccúa, sino que, paradójicamente, actúa incluso sobre el pasado, haciéndolo en cierto modo nuevo, y haciendo aparecer así novedad en el presente y el futuro. Las víctimas que han soportado la destrucción se nos muestran de este modo agentes de construcción. La sociedad que vale la pena construir es la que las tiene como fundamento.

9. He apuntado con libertad referencias a los pensadores que considero han sido centrales en nuestras consideraciones de estos días. En algunos puntos concretos hemos podido detectar que tanto entre ellos como entre nosotros, había enfoques diferentes, no necesariamente armonizables. Ha sido el caso del perdón, que acabo de citar, o de lo que debemos entender por espacio político cuando lo confrontamos con la violencia terrorista, o del modo como conviene percibir el pacifismo. Se precisará avanzar en el futuro en diálogos que, por limitaciones de tiempo, sólo han podido dibujar la problemática. En cualquier caso, en su conjunto, lo que ha dominado ha sido la exploración compartida de perspectivas no exentas de novedad, en torno a la victimación que produce el terrorismo. E, igualmente, la convicción de que esa exploración sólo tenía sentido porque partía de la realidad de las víctimas y pretendía volver a ella. Ese es el reto, lo que da su sentido verdadero al encuentro que ahora clausuramos.

I Encuentro sobre memoria y víctimas del terrorismo,
Bilbao, 3 de abril de 2009.